



Dirección de Prensa

DISCURSO DE S.E. LA PRESIDENTA DE LA REPÚBLICA,
MICHELLE BACHELET JERIA, PARA SU CLASE MAGISTRAL EN LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DE LOVAINA (KU LEUVEN):
EQUIDAD Y COHESIÓN SOCIAL PARA LA DEMOCRACIA
(traducción)

Lovaina, 10 de junio de 2015

Amigas y amigos:

Es un honor estar aquí con ustedes, en una de las instituciones educativas más antiguas del mundo (casi 600 años) y una de las más grandes e importantes de Bélgica. La distinción que hoy me otorgan – este Doctorado Honoris Causa- me llena de orgullo y alegría, y crea, entre nosotros, un vínculo profundo.

Sé muy bien que esta universidad, cuya rica historia es inseparable de la de Europa, ha constituido, siempre, tanto por su privilegiada ubicación geográfica como por su reconocida calidad académica, un distinguido lugar de encuentro y análisis, de investigación y de generación de ideas.

Por esta casa y por esta tierra –Flandes- pasaron grandes pensadores, algunos de los más destacados humanistas e íconos del Renacimiento. Pienso en Erasmo de Rotterdam, Tomás Moro y Juan Luis Vives, quienes construyeron una obra monumental, en la que se expresa su interés por las personas, por el orden social y político, por las instituciones humanas, por la educación y su vínculo con lo divino.

Vives, uno de los pensadores españoles de más renombre en el mundo, tuvo una particular preocupación por la igualdad y dignidad del ser humano, que manifestó incluso al referirse a la situación de los pueblos originarios de América. Con sus ideas anticipó y, sin duda, influyó en el mayor defensor de los indígenas, el fraile dominico Bartolomé de las Casas, y en muchos otros, por cierto.





Dirección de Prensa

Esta línea de pensamiento está presente en todos quienes trabajamos por la igualdad y la justicia en las relaciones sociales. Evidentemente, el contexto actual es otro, y las relaciones de poder y dominación que existían entonces –en la era colonial- ya no existen, afortunadamente. Pero, especialmente en América Latina, prevalecen las injusticias y las inequidades, y una pequeña élite sigue concentrando el poder y disfrutando del bienestar que podría y debería ser compartido por todos.

La tarea que nos hemos propuesto en Chile apunta justamente a dar respuesta a tal problema, a reconfigurar los lazos que nos unen, balancear las relaciones y alcanzar amplios acuerdos que nos permitan construir una sociedad mejor.

Algo similar hicieron los países europeos luego de la Segunda Guerra Mundial. De la desolación surgió un nuevo espíritu de solidaridad y cooperación que permitió la construcción de una red pública de apoyo, el Modelo Social Europeo, y sociedades más equitativas y prósperas.

Por cierto, el contexto europeo ha cambiado desde 1945, pero todavía el modelo está en duda. Esto no hace más que demostrar que las sociedades están en constante transformación, y que es necesario ir adaptando las políticas, las instituciones y organizaciones a los contextos históricos y a las realidades de cada país. Y mucho de ese ajuste es el resultado de las reflexiones e investigaciones que se llevan a cabo en universidades como ésta.

De hecho, creo que una de las tareas fundamentales de instituciones universitarias como ésta, y particularmente de quienes se dedican a las ciencias sociales, consiste en estudiar la realidad, detectar anomalías y tensiones, y pensar y proponer soluciones, como -por ejemplo la que vemos hoy en Chile- la formulación de reformas institucionales y políticas.

Aquella es una labor fundamental de la universidad, y de los científicos sociales, pero no la única. También es la de imaginar un mundo mejor,





Dirección de Prensa

el pensar y discutir cuáles deberían ser los grandes ideales y sueños que dan sentido al quehacer social y político.

Por ello, creo que el espacio en el que nos encontramos es el lugar idóneo para conversar sobre el tipo de sociedad y democracia que anhelamos, para Chile, América Latina y Europa, y sobre qué podemos hacer para forjarla.

Hoy, me gustaría compartir lo que estamos haciendo en Chile para avanzar hacia aquel ideal que ilumina y muestra el camino, y que Tomás Moro llamó *Utopía*.

Quiero partir clarificando mi propio anhelo, que creo comparto con muchos de mis compatriotas hombres y mujeres: para mí (y comprendo que cada quien puede tener su propia visión), aquella sociedad soñada debe ser, a la vez, próspera y justa. Y éstas son condiciones que se retroalimentan y refuerzan mutuamente.

La sociedad debe generar las bases -objetivas y subjetivas- que promuevan el bienestar de todos, y la realización de proyectos individuales y colectivos, guiados por valores como la cooperación y la solidaridad.

Debe ser una sociedad que garantice derechos y oportunidades, pero también deberes y compensaciones que aseguren que todos puedan aprovechar las oportunidades creadas y que nadie se quede atrás.

Debe ser una sociedad democrática e inclusiva, en la que las diferencias se valoren y los conflictos se resuelvan mediante el diálogo y la participación.

Y para que todo ello sea posible, para que efectivamente podamos caminar hacia esa sociedad ideal, se debe alcanzar un grado importante de equidad y cohesión social.





Dirección de Prensa

Ya decía el teólogo y filósofo Reinhold Niebuhr que "un poco de equilibrio (...) es la base de cualquier justicia que se logre en las relaciones humanas."

Porque allí, donde existen desigualdades (o desequilibrios), algunos pocos pueden imponer su voluntad, su visión del mundo y sus intereses sobre muchos que están impedidos de satisfacer sus necesidades y realizar sus sueños. Y, en consecuencia, no hay justicia.

Sin un mínimo de equidad -y la promesa de que ésta mejorará- difícilmente lograremos que todos y todas se comprometan a trabajar con entusiasmo por un proyecto común. Y eso no es sólo un problema para lo público y la "comunidad nacional" (en abstracto), sino también de cada individuo, de cada familia y del desarrollo económico y humano a mediano y largo plazo.

Sin un acceso equitativo y universal a bienes y servicios públicos de calidad, imperarán -como de hecho vemos que imperan- las lógicas de mercado. La competencia será el único modo de relación, el "sálvese quien pueda" será el lema, y no habrá cohesión, ni cooperación posible, ni solidaridad. Todo ello atenta contra la estabilidad y el desarrollo de cualquier democracia moderna sólida. Y atenta contra las bases del pacto social, que es lograr el mayor bienestar posible para todos.

Porque, como decía Tomás Moro -en un contexto muy distinto al actual pero que no parece tan lejano- "todo el mundo sabe que si no se preocupa de sí mismo, se morirá de hambre, aunque el Estado sea floreciente. Esto le lleva a ver la necesidad de no interesarse por las cosas del Estado".

En un escenario como ése -que no dista del que observamos en América Latina- en el que el "bien común" es percibido por muchos como ajeno, y lo público es poco valorado -en gran medida porque no da respuestas satisfactorias a los problemas cotidianos-, es difícil



Dirección de Prensa

exigir a hombres y mujeres que trabajen en pos de objetivos compartidos. Y sin ese esfuerzo de todos y todas, es difícil avanzar unidos y llegar a destino.

Esto explica por qué me enfoco en la igualdad y la cohesión cuando pienso en el futuro de nuestros pueblos, y por qué en mi país estamos llevando a cabo reformas que apuntan justamente a reducir las inequidades y la segregación social.

Ahora bien, si lo que queremos es generar transformaciones reales debemos partir por tener un diagnóstico acertado. ¿Qué tan lejos estamos, en Latinoamérica, de aquella sociedad anhelada? ¿Las reformas son urgentes o pueden esperar a que el contexto sea "más propicio", como piden algunos, independiente de cuál sea realmente el contexto?

Sabemos que en la región aún existen importantes focos de pobreza.

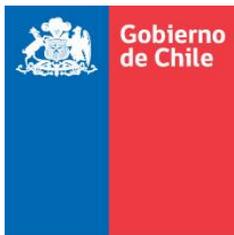
Sabemos que las brechas entre ricos y pobres se han profundizado, y que la nuestra es la región más desigual del planeta.

Sabemos que muchos de nuestros coterráneos son excluidos, y que no tienen acceso a servicios básicos ni a oportunidades de progreso. Esto afecta principalmente a los niños y jóvenes del continente, a las mujeres, a nuestros pueblos originarios, a los afrodescendientes y a quienes viven en zonas rurales.

Y sabemos que nuestras sociedades están poco cohesionadas, lo que se explica tanto por aquel desigual acceso a servicios y oportunidades, como por el creciente individualismo y la consecuente dificultad de articular proyectos colectivos de los que todos y todas se sientan parte.

Déjenme darles algunos ejemplos:





Dirección de Prensa

A pesar de la importante reducción de la pobreza que la región experimentó en las últimas décadas, 165 millones de personas siguen siendo pobres. Es decir, 3 de cada 10 personas y 69 millones viven en la extrema pobreza.

Y hay un dato que es particularmente preocupante: la elevada pobreza infantil. La CEPAL estima que en la región hay 70,5 millones de niños, niñas y adolescentes pobres. Es decir, 4 de cada 10.

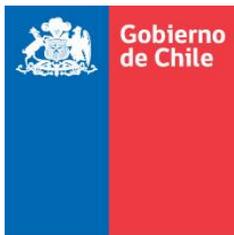
Este es un urgente llamado de atención, porque debemos estar conscientes de que esta realidad, junto con proyectar un futuro poco promisorio para estos niños y niñas, abre un signo de interrogación sobre el futuro de América Latina.

Por otro lado, con respecto a la desigualdad económica, vemos que el quintil de los hogares con menores ingresos capta el 5,6% de los ingresos totales, mientras que el quintil más rico se queda con el 46,7%.

Lamentablemente, ésta es una tendencia que se agudiza, y no sólo en nuestro continente. Ayer, en la OECD, estábamos discutiendo que la desigualdad en el mundo es más grande ahora: los ricos se vuelven más ricos y los pobres más pobres. Según un estudio reciente de OXFAM, el 1% más rico del planeta posee el 48% de la riqueza, y se espera que esta cifra llegue al 54% el 2019.

Y si afinamos la mirada este hecho es más dramático: hoy las 80 personas más ricas del mundo poseen la misma porción de la torta que los 3.600 millones de hombres y mujeres más pobres. No creo que haya alguien que pueda decir que el estado de las cosas sea justo.

En cuanto a la desigualdad de acceso a servicios, notamos –por ejemplo- que 4 de cada 10 familias no cuentan con un techo para vivir o habitan en viviendas de mala calidad. Este porcentaje supera el 70% en países como Nicaragua, Bolivia y Perú.



Dirección de Prensa

En tanto, el 33% de la población rural de la región no cuenta con servicios básicos de saneamiento, y el 36% no cuenta con agua potable.

Revertir estas brechas y avanzar hacia la construcción de una sociedad justa y desarrollada implica combatir la pobreza y la exclusión, generar condiciones de equidad, y abrir espacios de encuentro de la diversidad que permitan la gestación de una identidad compartida y una comunión de intereses y valores.

Usualmente tiende a pensarse –y en América Latina prevalece esta idea- que sólo pueden generarse estas condiciones de equidad e inclusión si un país es rico, donde la cantidad total de riqueza es tan grande que puede repartirse entre todos.

Sin embargo, la experiencia internacional -y creo que la historia de Europa es clara en tal sentido- nos muestra que esto no es así.

Hace un tiempo, un ministro noruego me comentó algo que pocos recuerdan cuando hablan del camino al éxito de los países desarrollados, en especial de los nórdicos (que son los que tienen los mayores estándares de vida y mejores índices de equidad y desarrollo humano).

Él me dijo “no es cierto que hoy Noruega sea un país incluyente porque sea rico. Nosotros, luego de la Guerra Mundial, éramos muy pobres, y lo que decidimos fue que debíamos tener una estrategia inclusiva, que incluyera a hombres y mujeres, que incluyera a todos los niños y niñas, y gracias a eso es que somos ricos, y no al revés”.

Este ejemplo nos muestra que cuando hablamos de equidad, inclusión y cohesión no nos estamos refiriendo sólo a principios éticos (sobre los que podemos estar legítimamente en desacuerdo), nos estamos refiriendo también a un imperativo estratégico. Hablamos de factores esenciales para el desarrollo para alcanzar la prosperidad compartida





Dirección de Prensa

de la que nos habla el Banco Mundial, así como la estabilidad política y la paz social.

Hoy disponemos de mucha evidencia empírica –avalada incluso por economistas del FMI- que muestra que la fragmentación social y la desigualdad de renta dificultan los logros económicos.

Además, debemos tener en cuenta que la inequidad, la exclusión de grandes segmentos de la población y la fragmentación social crean malestar y pueden, si no actuamos con decisión y a tiempo, debilitar la legitimidad de nuestros sistemas políticos y económicos.

Lo mismo puede ocurrir si se frustran las crecientes expectativas de progreso y cambio sustantivo que observamos en buena parte de las sociedades contemporáneas –incluidas las europeas. Esto quedó en evidencia –en el caso chileno- con el recientemente publicado "Informe de Desarrollo Humano en Chile", elaborado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

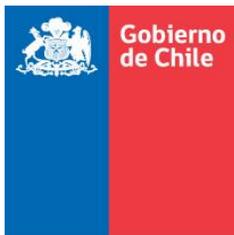
Todo lo anterior evidencia que estamos aún muy lejos de la sociedad que anhelamos, y nos demuestra de que el tiempo para la acción, el "contexto propicio", es ahora.

Es por esto que en Chile estamos construyendo consensos y poniendo mucha energía en generar igualdad de derechos y oportunidades, y equidad e inclusión en distintos frentes, como el tributario, el educativo, el laboral, el político, en la niñez, en los derechos de las mujeres y en la juventud y en el género, entre otros.

Estamos haciendo grandes esfuerzos por acortar las brechas sociales y evitar que segmentos de la población queden rezagados, por acabar con las injustas desigualdades y por integrar a los excluidos.

Nuestro propósito -como he dicho en otras oportunidades- es doble. Queremos que cada ciudadano, independiente de su condición social, política, cultural, sexual, geográfica o étnica, logre desarrollar sus





Dirección de Prensa

potencialidades y tener un buen vivir. Y, por otro lado, queremos que todos y cada uno de ellos pueda y quiera aportar al desarrollo común del país.

Buscamos, en síntesis, desarrollar capacidades personales y fortalezas colectivas, y las múltiples reformas que estamos implementando apuntan justamente en esa dirección.

Por ejemplo, hemos llevado adelante una reforma tributaria, la mayor de su tipo en los últimos 30 años, que suscitó grandes discusiones y controversias, pero que finalmente obtuvo un apoyo transversal en nuestro Congreso.

Es una reforma que permite repartir la carga de manera más equitativa, más justa, de forma que los que tienen más aporten más. Y nos asegura financiamiento permanente para aquellas transformaciones, especialmente en educación y protección social, que comprometimos y que fueron respaldadas por la ciudadanía.

También llevamos adelante algunas reformas políticas muy relevantes, esencialmente democratizadoras. Entre ellas una que marca un hito histórico: logramos, hace pocas semanas, reemplazar el sistema electoral binominal legado por la dictadura, diseñado expresamente para degradar el poder del voto y generar un empate permanente -en el poder legislativo- entre las dos principales coaliciones políticas.

El nuevo sistema, que es proporcional, nos permitirá tener una democracia más representativa, inclusiva y legítima a los ojos de los ciudadanos, en la que cada voto valga lo que verdaderamente le corresponde.

Junto con ello, avanzamos hacia la equidad de género con la nueva Ley de Cuotas, que establece que, en adelante, al menos el 40% de las candidaturas deberán ser femeninas.





Dirección de Prensa

Pero debemos reconocer que mientras existan ciudadanos excluidos, o que no participan en política en igualdad de condiciones, tal ideal estará impedido de materializarse.

Mientras las mujeres, que en mi país constituyen más del 50% de la población, se mantengan subrepresentadas en el Congreso y el Gobierno, seguirá siendo cierto aquello que la destacada abogada paraguaya, Serafina Dávalos, afirmó en el Primer Congreso Femenino Internacional de 1910: “el carácter democrático del Estado es puro “mito”, porque la “democracia”, que supone como *conditio sine qua non* la igualdad, la libertad... no podría admitir privilegios de nacimiento, haber nacido varón o mujer”.

Por tal razón, y porque tenemos la certeza de que el aporte de las mujeres es fundamental para el progreso económico y social, mi Gobierno ha dado prioridad al trabajo por la equidad de género.

De hecho, una de las primeras medidas que adopté al asumir la Presidencia, en marzo del año pasado, fue enviar al Congreso el proyecto de ley que crea el Ministerio de la Mujer y la Equidad de Género, con el fin de fortalecer la institucionalidad requerida para promover y garantizar los derechos de todas mis compatriotas. Y con alegría les cuento que esta ley ya fue promulgada, por lo que el nuevo Ministerio comenzará a operar prontamente.

También, hemos impulsado otras políticas orientadas a salvaguardar principios tan básicos como el derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad. Sin embargo, aún hay vacíos para la oportunidad de tener trabajos iguales, salarios iguales. Porque en mi primer Gobierno, envíe una ley, pero en ese entonces me dijeron que iba contra la Constitución proponer algo como eso. Ésa la razón, ésa es una de las muchas razones por las que necesitamos una nueva Constitución en Chile. No permitiremos que ninguna constitución restrinja los derechos y oportunidades de hombre y mujeres en nuestro país.





Dirección de Prensa

Respecto al derecho a la vida, tener un buen vivir, por ejemplo, para amparar a las víctimas de la violencia, que en Chile provoca alrededor de 40 femicidios al año, estamos duplicando las Casas de Acogida y vamos a aumentar en un 25% los Centros de la Mujer y Niñas, que entregan apoyo y asistencia oportuna a quienes la necesitan. Además, estamos implementando medidas que fortalecerán la autonomía económica de las mujeres, lo que creemos es esencial para que puedan tener vidas satisfactorias, y para disminuir su vulnerabilidad frente a los abusos y la violencia.

Pero si hablamos de políticas que promueven la igualdad, la más importante de ella está actualmente enfocada en la educación.

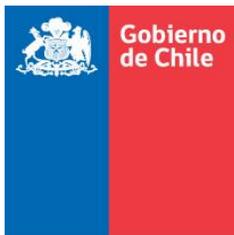
Este es un tema particularmente relevante –y así lo entendimos desde muy temprano-, porque es en esta área que están depositadas las esperanzas de las nuevas generaciones y sus familias, y allí reside en buena cuenta el futuro de la nación, su capacidad de progreso, de cohesión y de democratización.

Decía el jurista y político argentino Amancio Alcorta que la educación, en particular la pública, “tiene por objeto y por resultado despertar las energías adormecidas y restituir a los hombres y a los pueblos la plenitud de sus fuerzas”. Y agregaba que mientras la ignorancia condena a vivir bajo perpetua tutela, la educación prepara para todas las emancipaciones.

Así, decimos que por medio del sistema educativo, podemos entregar las herramientas indispensables para el desarrollo pleno de cada individuo, preparar a los niños, niñas y jóvenes para la vida en sociedad y fortalecer las bases de la democracia.

Y para ello, la escuela debiera ser un espacio de aprendizaje, de integración y valoración de la diferencia, de promoción de la igualdad cívica y de contacto con la experiencia democrática. Es decir, el espacio republicano por excelencia.





Dirección de Prensa

Lamentablemente, en Chile -y en América Latina en general- tal ideal está lejos de concretarse. Si bien en las últimas décadas hemos avanzado significativamente en cobertura y acceso a la educación, tenemos un serio déficit en calidad y, peor aún, contamos con sistemas altamente segregados que no sólo no favorecen la integración sino que además refuerzan las desigualdades sociales.

En mi país, tenemos un sistema escolar mixto, compuesto por escuelas particulares pagadas, escuelas particulares subvencionadas por el Estado y escuelas públicas gestionadas por los gobiernos locales (los municipios).

Muchas de estas escuelas –muchas de las particulares- cobran altos aranceles y seleccionan a sus estudiantes, y otras –una parte de las particulares que reciben fondos públicos- exigen un pago adicional de las familias. Así, hemos generado un sistema altamente segregador, en el que los ricos estudian con los ricos y los pobres estudian con los pobres.

Esto significa que durante muchos años en Chile se ha suscrito la lucro privado con fondos públicos. Pero, sobre todo, significa que hemos perpetuado oportunidades y capacidades desiguales, así como creado redes sociales y visiones de mundo divisoras.

Esto ha dañado profundamente el tejido social, ha contribuido a ensanchar las brechas y, en consecuencia, impedido que chilenos y chilenas compartan una visión de país, vivan la diversidad y construyan canales de cooperación.

En resumen, no contribuye a la construcción de un país inclusivo y democrático que buscamos.

Además, las prácticas antes mencionadas -me refiero a la selección y el copago- eliminan el efecto positivo que los niños y niñas de mejor desempeño tienen sobre los menos aventajados, lo que compromete la calidad del sistema en su conjunto.





Dirección de Prensa

Está ampliamente comprobado que el aprendizaje de los niños más vulnerables mejora en forma significativa cuando comparten la sala de clases con otros de mayor capital cultural. Este efecto –llamado efecto pares- desaparece en escuelas altamente segregadas como las nuestras, generando condiciones poco propicias para el desarrollo de los menos favorecidos.

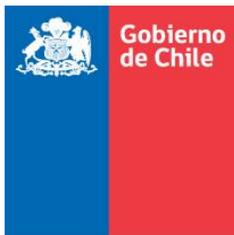
Éstas son justamente algunas de las deficiencias del sistema educativo que queremos corregir, y que de hecho estamos corrigiendo. Hace pocos días, promulgamos la "Ley de Inclusión" que termina con la práctica de que las familias deben pagar una parte de la mensualidad en las escuelas privadas que reciben fondos públicos. Además, elimina el proceso de selección y el lucro en todas las escuelas primarias y secundarias, que reciben fondos públicos.

Gracias a esta ley, podremos garantizar el acceso gratuito a una educación de calidad, financiada adecuadamente por el Estado, que permita la cooperación y genere sinergias entre los estudiantes.

A mediano plazo, nuestra meta es que todos los liceos y colegios, públicos, subvencionados por el Estado o particulares pagados, alcancen niveles equivalentes de excelencia e inclusión, y se transformen en la piedra angular del Chile que soñamos.

Hay otras medidas -como la gratuidad en el nivel superior, que empezaremos a implementar el próximo año. Buscamos que, en todos los niveles, la educación deje de ser un bien de consumo, dependiente de la capacidad de pago de las familias, y se consagre como un bien público y un derecho social que garantice acceso y calidad para todos y sea un generador de oportunidades y movilidad social.

Cuando todos los niños, niñas y jóvenes tengan las mismas oportunidades de adquirir conocimientos y competencias y puedan enriquecerse de la diversidad del mundo que los rodea, habremos dado pasos gigantes hacia nuestra meta. Estaremos más cerca de contar con una sociedad justa, próspera y equitativa.



Dirección de Prensa

Por esto, coincido plenamente con Andrés Bello, fundador de la más importante universidad pública en Chile, cuando afirma que la educación es una de las más importantes tareas que el Gobierno debe enfrentar porque es "una necesidad primaria y urgente; la base de todo progreso y el cimiento indispensable de las instituciones republicanas".

Amigos:

Esta preocupación por construir una sociedad mejor, en la que primen los principios básicos de igualdad y dignidad enunciados tempranamente por Vives y Bartolomé de las Casas, en la que exista "algo de equilibrio" en las relaciones sociales y justicia, democracia y prosperidad, no es exclusiva de un grupo de personas ni de un país. Es una inquietud compartida por muchos.

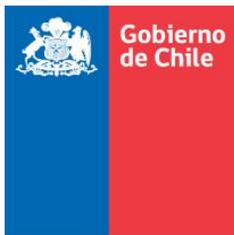
En América Latina, cada nación ha construido y seguido su propio camino, pero el objetivo, el sueño, ha sido casi siempre el mismo.

De hecho, hace poco menos de una década, los jefes y jefas de Estado y de Gobierno de los países miembros de la Comunidad Iberoamericana de Naciones, reunidos en Santiago de Chile, nos comprometimos a trabajar para alcanzar niveles crecientes de inclusión, justicia, protección y asistencia social, y a fortalecer los sentimientos de solidaridad, de pertenencia e identidad.

Y hubo un acuerdo en que para cumplir esta meta es necesario, entre otras cosas, garantizar el acceso universal a los servicios sociales y prestaciones públicas de calidad, erradicar todo tipo de discriminación, recuperar espacios públicos para la vida social y cultural, y fortalecer la cooperación iberoamericana.

También reconocimos que para hacer frente a los problemas de la región debemos propiciar un diálogo social amplio, que permita que gobiernos, empresarios, trabajadores y ciudadanos aúnen esfuerzos





Dirección de Prensa

para crear riqueza, trabajo digno y desarrollo humano en un contexto de justicia, equidad e inclusión.

Seguramente, en unas pocas horas, en el marco de la Segunda Cumbre de la Unión Europea-CELAC, que se realizará en Bruselas bajo el lema “Modelar nuestro futuro en común: trabajar por unas sociedades prósperas, cohesivas y sostenibles para nuestros ciudadanos”, haremos un nuevo llamado a trabajar por objetivos similares.

Espero que esta instancia sirva para que renovemos nuestro compromiso con tales causas, y para que encontremos áreas de cooperación transatlánticas que nos permitan avanzar juntos, más velozmente, en la dirección indicada, que no es otra que aquella que lleva a la *Utopía*, a la sociedad ideal con la que soñamos.

Sabemos que llegar a ese lugar parece imposible. Sin embargo, sigue siendo nuestro faro. Eduardo Galeano, un reconocido escritor uruguayo, lo describió así:

"La utopía está en el horizonte. Doy dos pasos hacia adelante, ella da dos pasos hacia atrás y el horizonte se corre diez pasos más allá. Entonces, ¿para qué es la utopía? 'Para eso: para continuar caminando'".

Podemos y debemos hacer más para mejorar nuestras leyes e instituciones, nuestras organizaciones, nuestra cultura. Podemos y debemos hacer más para multiplicar y mejorar nuestros espacios de encuentro, de diálogo y de deliberación ciudadana.

Podemos y debemos mantener esta bandera levantada para asegurar la constante expansión de la igualdad, la inclusión, la cohesión, la justicia y la prosperidad compartida para nuestro pueblo.

Éste es el objetivo que nos hemos puesto en Chile, y hacia el que estamos caminando con confianza y de manera constante.





Dirección de Prensa

Muchas gracias.

* * * * *

Lovaina, 10 de junio de 2015

Transcripción y traducción: Luis E. Fernández S.

